47/1494073

28

La Novela de Bolsillo

* * *

Si es broma, puede pasar

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

POR

Antonio López Monís

DIBUJOS DE GALVÁN

ES PROPIEDAD

SI ES BROMA,
PUEDE PASAR

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

Narración fantástica, que muy bien pudiera haber sucedido.

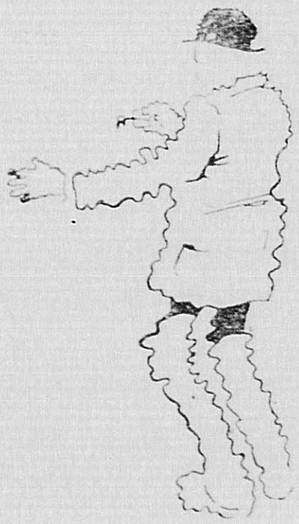
I

CUANDO Pérez Rábago, Juanito como le llamaban todos cariñosamente en la oficina, empuñó la llave de su puerta dispuesto á penetrar en su habitación del hotel y buscar en el sueño reparador el descanso de las fatigas de todo un día de viaje, sintió una tremenda sacudida nerviosa, que puso en conmoción todo su cuerpo, y dando tumbos en la oscuridad del pasillo fué á caer contra un baúl que en el fondo de él había.

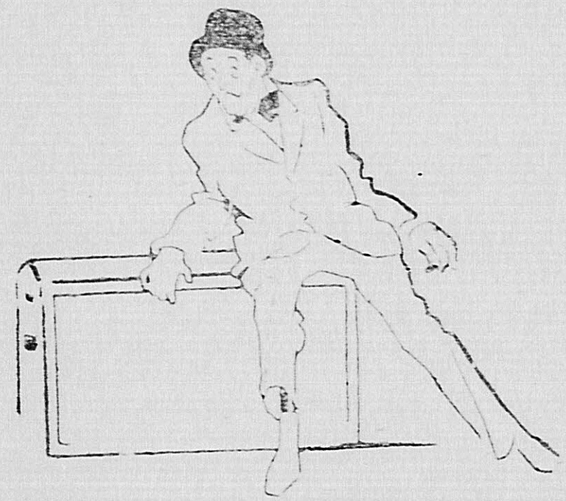
El miedo, la sorpresa, la oscuridad, le im-

pedían gritar, y allí, sentado, permaneció unos minutos, inmóvil, sin poderse dar cuenta del fenómeno que había experimentado. Se tocó por todo su cuerpo hasta convencerse de que no tenía sangre, ni herida, ni dolor, y poco á poco se fué tranquilizando al pensar que todo ello habría sido una especie de alucinación, ó quizá algún vértigo, palabra que él había oído pronunciar muchas veces sin saber su significado exacto.

Y ya tranquilo del todo y dueño de sí mismo, encendió una cerilla y se encaminó de nuevo á su habitación. Esta estaba en el último piso de un hotel de viajeros de una ciudad andaluza en la que Juan prestaba sus servicios como oficial de la Delegación de Hacienda. En aquel mismo piso estaban las habitaciones destinadas á los huéspedes fijos, como se llama allí á los que habitan largas temporadas en el hotel, y entre ellos se contaban á la sazón el oficial primero del Gobierno civil, el se-



cretario de la Audiencia, dos tenientes de Infantería, un médico y el bajo de una compañía de ópera que actuaba en el Teatro Principal hacía dos meses, y que, antes de dedicarse al *bell canto*, se ganaba la vida en una *troupe* de Circo, en la que hacía ejercicios de fuerza, asombrando á los públicos con su desarrollada musculatura.



Y aun se complacía Angelini, que este era el inadecuado nombre de nuestro cantante, en hacer alarde de sus facultades físicas agarrándose á la trasera de un carruaje para no dejar arrancar al jamelgo, partiendo el pico de una mesa de un puñetazo, cuando los camareros tardaban en servirle ó le servían mal, ó rompien-

do las barajas del Casino en ocho pedazos, cuando al golfo le ganaban los amigos el dinero á última hora de la noche.

No hay que decir que todos eran buenos compañeros y camaradas, aunque quizá algún observador habría advertido que Pérez Rábago era, tal vez por su carácter algo adusto y un mucho reservado, el que contaba con menos simpatías entre los habitantes alegres y bullangueros de aquel piso último del hotel, en el que nunca faltaba el buen humor.

Juanito había ido por la mañana temprano á Sevilla, en donde había pasado todo el día corriendo de acá para allá, y á las once de la noche, molido y deseando coger la cama, como vulgarmente se dice, al intentar abrir la llave de la cerradura había sentido esa extraña sacudida, de la que ya sabemos que se rehizo muy pronto.

II

De nuevo volvió á coger la llave, y de nuevo sintió aquella extraña sensación, que no parecía sino que su cuerpo estaba lleno de alfileres. La impresión le hizo arrojar la cerilla y soltar instintivamente la llave, quedando de nuevo envuelto en tinieblas y sumido en un mar de confusiones.

Pero esta vez tuvo fuerzas para gritar, y las voces angustiosas de ¡socorro!, ¡favor!, ¡camarero!, pusieron en movimiento á todos los huéspedes y al personal del hotel, que acudieron alarmados al sitio de donde las voces partían.

—¿Qué es eso, don Juanito?—preguntaba solícito un camarero.

—¿Está usted enfermo?—demandaba el dueño de la casa mientras le tocaba.



—Tienes fiebre y los pelos de punta—agregaba con cara muy compungida uno de los militares.

—¿Qué ha pasado?—preguntaba una señora.

—¿No estarás borracho?—decía el secretario de la Audiencia.

Y Juanito, desencajado, presa de un verdadero terror, señalaba la llave de la puerta sin atreverse á articular palabra.

Lo mejor será bajarlo al comedor y que le den una taza de tila, dijo el oficial primero del Gobierno, y acompañando la acción á la palabra empujaba á Juanito á la escalera, que todos bajaron rodeando al asustado huesped, que iba volviendo la cara hacia la puerta de su habitación para convencerse de que allí no había brujas ni duendes.

Dejemos á Juanito en el comedor refiriendo á sus admirados oyentes los tumbos que había dado por el pasillo cada vez que había tocado la llave de su habitación, y que todos, á falta de una explicación razonable, atribuían á exceso de nervios del empleado de Hacienda, y

volvamos nosotros al último piso en donde se había quedado sólo uno de sus habitantes, que se iba rezagando cuando los demás bajaban al comedor.

III

Así que todos hubieron desaparecido por la escalera, sacó del bolsillo unos guantes de seda, y con toda tranquilidad cogió la llave, abrió la puerta y penetró en el cuarto de Juanito. Una vez en él, encendió una vela, que colocó sobre la mesilla de noche, y deshizo la operación que entre todos habían estado haciendo por la tarde, y que no era otra que quitar del portalámparas el flexible de la luz eléctrica empalmando en la cerradura uno de los extremos y el otro en la llave, y dejando abierto el interruptor.

Así, Juanito, cuando ponía la mano sobre el hierro de la llave sentía en su cuerpo el efecto de la corriente eléctrica, que era de alguna tensión, puesto que correspondía á una instalación

de muchas luces, todas las del hotel, y trabajaba á muchos woltios. Ya veis si la cosa es sencilla; pues hay que calcular el efecto, más por el miedo á lo desconocido que por el efecto material en sí, que en el infeliz Pérez Rábago produjo esta nueva aplicación de la electricidad.

El huésped que se quedó arriba tuvo tiempo suficiente para volver á poner el portalámparas á los extremos del flexible; y después de haber hecho funcionar el interruptor para convencerse de que nada habría de notarse; y de haber dirigido una mirada por el cuarto que le hizo sonreir pensando en lo que después habría de suceder, salió de la habitación, apagó la vela, que se guardó en el bolsillo, cerró por fuera como estaba, y se metió en su cuarto, contiguo al del embromado, y sacando un pitillo y un periódico se tumbó en la cama, en espera de nuevos acontecimientos.

IV

No tardaron en presentarse. El asustado Juanito volvió á su habitación, ya más calmado; pero no se atrevió á subir solo, sino acompañado de un camarero, á quien el huésped suplicó que le abriera la puerta que á él le había proporcionado antes tan inexplicables efectos. Así lo hizo el camarero, sin ninguna dificultad, lo cual aumentó más la confusión de aquél, que no supo qué responder cuando el servidor le dijo cariñosamente:

—¿Ve *usté*, don Juanito, cómo *to* ello son *alusinasiones* de *usté*? Yo creo que en Sevilla se ha *tomao usté* dos cañitas de más, ¿eh? Vaya, que *usté* descanse y que se le pase á *usté*.

—¿El qué?—preguntó Juanito amostazado.

—El susto, hombre. Y dando la vuelta al corredor, desapareció por la escalera.

El último piso del hotel quedó en un profundo silencio, como si en él no hubiese alma viviente, y, sin embargo, detrás de cada puerta había una persona escuchando sigilosamente y procurando contener la respiración.

Juanito al entrar en su cuarto se dejó caer en una butaquita que á los pies de la cama tenía, y en ella permaneció un buen rato procurando hallar explicación á lo que ante sus ojos se había desarrollado con todos los caracteres de algo sobrenatural, y hasta llegó á pensar un momento que soñaba, ó que era verdad, como le dijo el camarero, que había bebido unas cañitas de más. Sus amigos de Sevilla eran tan obsequiosos, y la manzanilla se bebía con una facilidad...

Se desnudó, y antes de meterse en la cama se dispuso á satisfacer una necesidad fisiológica, para lo cual abrió la mesilla de noche y tomó de su interior un recipiente de porcelana. Es una cosa tan natural evacuar esta operación, y mucho más en una noche en que el miedo había producido en él una gran excitación...

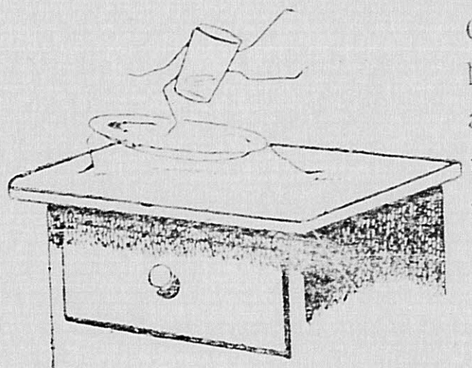
Pero no bien hubo comenzado á satisfacerla, del fondo de aquel recipiente de porcelana tan coquetón, con su filete dorado, que le daba el aspecto de algo delicado que hiciera olvidar lo

prosaico del fin á que se le destinaba, salió como una tromba gaseosa una nube, que envolvió su cabeza y lo cegó un instante.

El recipiente adquirió á sus ojos el aspecto de algo infernal, y por un brusco movimiento producido por el terror, fué á chocar violentamente contra el tocador, rompiendo en mil pedazos el espejo.

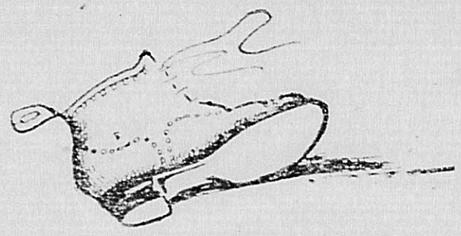
Juanito volvió á quedarse sin respiración, el corazón le latía violentamente y los ojos querían salírsele de las órbitas; y para tranquilizarse un poco fué á tomar el vaso de agua que tenía sobre un plato á la cabecera de la cama. Pero al alargar la mano, el vaso empezó á bailar sobre el plato, y el plato sobre la mesilla, produciendo un ruido macabro, que heló la sangre en las venas de Juanito, erizó su cabello y agarrotó sus





movimientos. Quiso gritar, y le fué imposible articular el menor sonido; quiso coger el vaso, y un terror supersticioso le impedía alargar la mano para ello.

Hizo un supremo esfuerzo, y sin perder de vista el vaso con su rítmico movimiento, se vistió otra vez de cualquier manera, abrió la puerta y se lanzó por la oscuridad del pasillo, ganando la escalera y saliendo á la calle. Desde el último piso hasta el portal habría sus ochenta escalones, que si de día y en su estado normal los hubiera bajado en un minuto, esta vez tardó en salvarlos más de media hora. Y es que á cada escalón que bajaba tenía que detenerse para tomar aliento y poder seguir adelante, porque el mismo crujir de sus botas en el silencio de la noche se le antojaba un ruido de cadenas que se arrastraban, de alguna persona que le seguía, de la casa que se desplomaba sobre sus hombros aplastándolo...



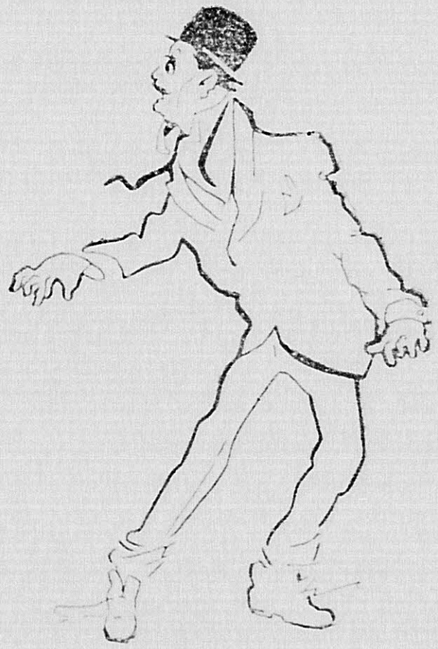
Luego, cada vez que al terminar un tramo de la escalera tropezaban sus manos con una de las grandes bolas de la baranda, el frío de su contacto le parecía el frío de un cuerpo muerto. Al pasar por delante de una de las puertas del primer piso, el huésped que ocupaba el cuarto correspondiente, que sin duda se desnudaba en aquel instante, dejó caer una bota al suelo, y el ruido que la caída produjo hizo en el que bajaba la escalera el mismo efecto que si hubiera reventado una bomba de dinamita.

¿No os ponéis en el caso de Juanito para comprender que los ruidos que se sienten durante la noche, un mueble que cruje, un gato que araña en una puerta, una gotera que cae de un grifo mal cerrado, erizan el cabello y ponen carne de gallina al que no está completamente tranquilo y no es dueño absoluto de sus nervios?

Pues todos estos misteriosos ruidos oyó Juanito durante su bajada por aquella endiablada escalera, que si hubiera podido imitar algún ac-

tor de los que representan Guzmán el Bueno, habría eclipsado la memoria de don Antonio Vico, quien es fama que al bajar la escalera del torreón, después de haber arrojado el puñal paraque mataran á su hijo, obtenía todas las noches una ovación.

Cuando, al fin, llegó Juanito á la calle, llevaba las botas sin abrochar, el cuello sin poner, la corbata deshecha y el sombrero en la mano, y de esta guisa anduvo toda la noche vagando por las calles sin atreverse á entrar bajo techado, temeroso de que los fenómenos que él juzgaba como cosa de brujas, de duendes ó de trasgos acabaran de perturbar su razón, ya bastante extraviada.



Y si la sorpresa no hubiera turbado su razón en los primeros momentos, habría podido ver que

aquella especie de llamarada que salía del recipiente de porcelana fué producida por una capa de ácido tártrico y otra de bicarbonato, cuya mezcla es efervescente al contacto con la humedad; y que el baile del plato y el vaso era ocasionado por un aparato, tan sencillo, que casi resultaba inocente. Consistía en un redondel de goma, que estaba debajo del plato, unido á un delgado tubo de la misma substancia, que, pasando por detrás de la mesilla, iba siguiendo la línea de la pared hasta perderse por debajo de la puerta de comunicación con el cuarto contiguo, y allí terminaba en una pera, también de goma, manejada por el vecino, que miraba por el ojo de la cerradura cuándo era llegado el momento oportuno.

La pera, al ser apretada, inflaba el redondel de goma colocado debajo del plato, que se movía impulsado por la fuerza del aire y hacía bailar el vaso.

¿Cabe nada más infantil?

Pues todas estas infantilidades juntas hicieron que Juanito pasara la noche por las calles como alma que lleva el diablo, mientras sus compañeros, que observaban detrás de las puertas y que lo vieron salir, celebraban con grandes carcajadas el éxito asombroso de la broma pre-

parada y se ponían de acuerdo para prevenir las consecuencias que aquello podía tener al día siguiente.

V

Y tuvo segunda parte la bromita.

Como dice el personaje americano de «Los chicos de La Calle», *tivola y diluviante*.

Al día siguiente, por la mañana temprano, todos los huéspedes de todos los pisos del hotel estaban enterados de la broma; á las once era conocida en todas las dependencias del Estado; á la una la sabían los socios de todos los Círculos, y por la tarde la comentaban todas las muchachas en el paseo y en las visitas con sinceras muestras de regocijo.

Figuraos lo que es una población pequeña, donde todos se conocen y ninguno tiene nada de qué hablar con los demás, cuando un acontecimiento inesperado viene á animar todas las

conversaciones, y el monótono y aburrido «Vaya, vaya, ¿y qué hay de particular?», es sustituído por una pregunta concreta que lleva en sí la curiosidad de saber una cosa nueva ó el placer de contarla entre risas francas. Y conociendo el instinto de la gente, no habrá que añadir que el mayor encanto de los comentarios estaba en la parte mortificante que la broma tenía para una persona amiga ó, por lo menos, conocida de todos los comentaristas.

A la hora del almuerzo no faltó á la mesa ninguno de los huéspedes, deseosos de presenciar el desarrollo de los sucesos. El último en llegar al comedor fué Juanito, y su entrada produjo en todos un movimiento de curiosidad, unas risas contenidas y luego un silencio, que bien podía ser ese silencio precursor de las grandes catástrofes. Juanito tenía cara de muy pocos amigos, y en él se adivinaba la lucha que sostenía consigo mismo para salir de aquella embarazosa situación. Al cabo no pudo más y habló, y, poco más ó menos, dijo lo siguiente, con voz trémula por la ira y ademanes un tanto descompuestos:

«Señores: anoche se me ha gastado á mí una broma de muy mal género, para la cual no hay aquí ninguno que tenga derecho, y como yo no

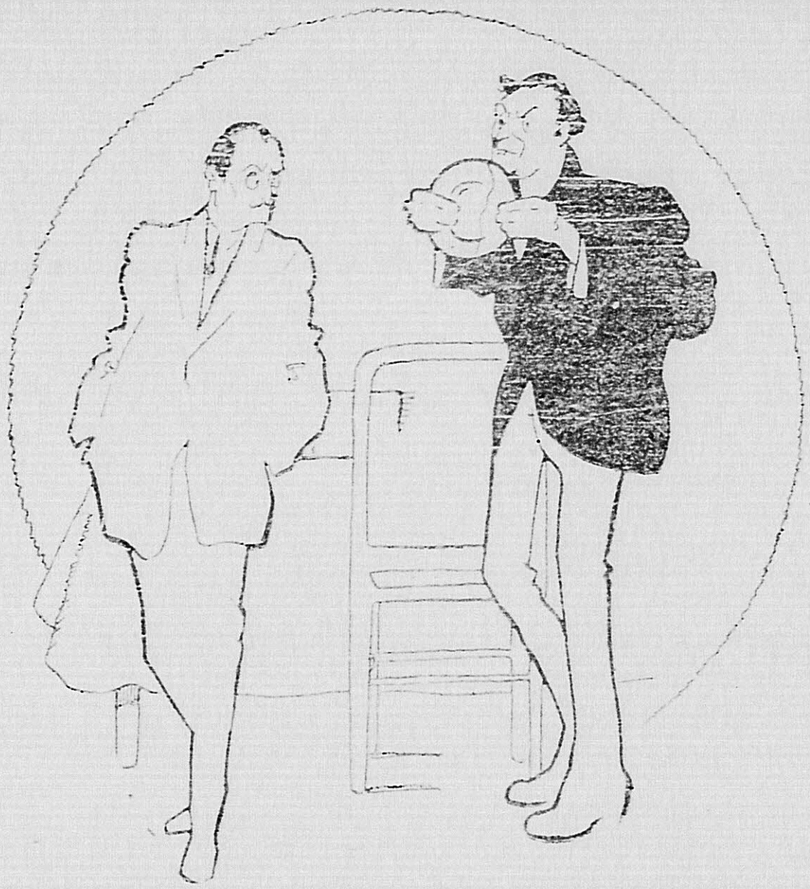
estoy dispuesto á tolerarla, necesito saber quién es el autor de ella para castigarlo debidamente. ¿No responde nadie? ¿Nadie se atreve á sostenerla? Pues bien; el que haya sido es un... Bueno; porque hay señoras en la mesa no quiero decir el calificativo; pero que cada uno ponga el que le parezca, y ninguno será bastante ofensivo».

Calló Juanito, y todos, como si hubieran estado de acuerdo, miraron á Angelini, el bajo de ópera, el de los músculos de acero. Angelini cogió el plato que tenía delante y lo dobló por la mitad, mientras decía en su castellano chapurrado:

«El autore de la chanza sono io e estoy disposto a respondere en tutos los terrenos, perque io sono un caballero. Si voi quiere pegarse con me, io estoy pronto. Si voi prefere batirse, io aspeto los suos padrinos.»

—Está bien—repuso Pérez Rábago, desconcertado al encontrarse con un enemigo tan formidable—; yo veré cómo arreglo esta cuestión. Buenos días.

Y Juanito, que había entrado en el comedor con ganas de pelea, salió de él bastante pensativo, y si alguno lo hubiera mirado entonces á la cara, habría notado que estaba encendido como una amapola.



No tendremos necesidad de añadir que salió sin probar bocado, pues aunque había pedido huevos al camarero de primer plato, cuando el camarero lo vió salir del comedor no los había puesto sobre la mesa, que era lo que todos los comensales estaban esperando.

VI

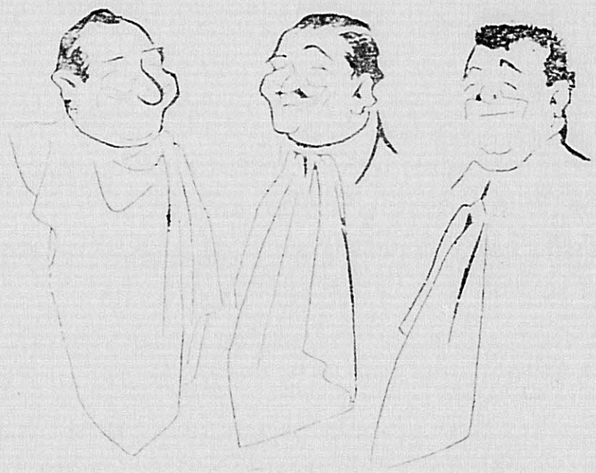
Así que Juanito desapareció de la *salle á manger*, como había hecho el propietario que se llamara aquel modesto comedor, para dar una prueba de su cosmopolitismo, una carcajada, contenida durante todo el almuerzo, alegre como el burbujeo del *champagne*, puso el debido comentario á la catilinaria que el oficial de Hacienda había dirigido á sus compañeros de hospedaje, y aquella alegría sincera hizo que la sobremesa se prolongara aquel día más que de ordinario y que alguno de los comensales llegara con retraso á su oficina.

Juanito, entretanto, había salido á la calle y había llegado á su despacho de la Delegación de Hacienda. Todos los empleados, desde el

ordenanza al portero le hacían la misma pregunta:

—Pero hombre ¿qué le ha pasado á usted en la fonda anoche?

Pérez Rábago eludía la contestación con un encogimiento de hombros y el rubor coloreaba hasta sus orejas.



—¿No habrá usted podido averiguar quién es el autor de la bromita?

—El mismo me lo ha declarado delante de todos.

—¿Quién es?

—Angelini.

—Supongo que le habrá usted pedido ya una reparación.

—Aun no... no sé qué hacer...

—¡Cómo! Un hombre á quien se le da la broma que á usted se le ha dado, si conoce al inventor de ella, no debe dudar: tiene que enviarle sus padrinos.

—Pero...

—Lo contrario sería bochornoso y lo llevaría á u ted á una descalificación, que le impediría de aquí en adelante alternar con nosotros los hombres de honor.

—Es que yo... Como Angelini... es tan...

—No repare usted en la fortaleza de su adversario. Cuando hay que jugar la vida, se juega. Además, usted es en este caso el ofendido y tiene derecho á e'ección de armas... y una pistola iguala todas las desigualdades fisicas. Y quién sabe si Angelini lo pensará mejor y dará explicaciones á sus padrinos de usted... Nada, nada, esas cosas no se piensan, márchese usted de la oficina sin temor ninguno, y no vuelva usted á ella hasta que haya lavado esta ofensa y se haya hecho digno de convivir con nosotros.

—Pero el señor Delegado...

—El señor Delegado, tratándose de un asunto de honor, no tendrá nada que decir. Siempre preferirá su falta de asistencia á su falta de dignidad.

Y allá va nuestro buen Juanito á la calle otra vez mascullando estos consejos y sin saber qué partido tomar. Si en aquel momento lo hubiera atropellado un automóvil ó se hubiera visto venir hacia él un toro de Miura, creo que en el fondo de su alma habría sentido una íntima satisfacción.

A cuantos amigos y amigas fué encontrando en su camino les fué consultando su situación, y todos, como obedientes á una consigna, le respondían lo mismo:

—El caso es de los que no tienen vuelta de hoja: ó los padrinos ó el desprecio de todos por el hombre que es capaz de aguantar esa afrenta.

Pues señor, bien—pensaba Juanito á solas—; está bien. ¿De manera que sobre haber sido la cabeza de turco, ahora tengo que ser el héroe por fuerza? ¡Bien! Y está visto, todos me lo aconsejan, el caso es de los que no tienen vuelta de hoja, hay que jugarse la vida. ¡Bien!

Y si cien veces más hubiera preguntado, cien veces habría escuchado el mismo consejo. Y es que en Andalucía el instinto de la broma está en el ambiente, lo respiran todos, parece como que auna todas las voluntades para conseguir un fin propuesto, siempre que éste sea molestar

á aquel á quien le toca hacer de blanco de los tiros.

Juanito lo pensó aún á solas en su cuarto durante una hora, y al cabo se adivinó en su cara que había tomado una decisión heroica. Esperó la hora de comer, y cuando todos estaban, menos él, reunidos á la mesa comentando la tardanza de Juanito en solucionar la escena de la mañana, un camarero se acercó á Lorenzo Ovejero y á Felipe Cañas, los dos tenientes de Infantería, y les dijo aparte:

—Me manda don Juanito decirles á *usiés* que si hacen el favor de ir á su cuarto. ¡Yo creo que ya se ha *desidío!*

—Señores—dijo Lorenzo á los demás, esto es un hecho.

—Angelini—agregó Cañas—, prepárate á morir, porque ese hombre está resuelto á todo.

Y Cañas y Ovejero, después de toser con cierto énfasis, estirarse los puños de la camisa y realizar un esfuerzo para hacer desaparecer de sus caras la burlona sonrisa con que habían escuchado al camarero, salieron del comedor y se encaminaron al cuarto de Pérez Rábago, que los esperaba impaciente.

VII

JUANITO estaba sentado en la butaquilla de su habitación, en que se había dejado caer, desfallecido, la noche en que tan peregrinos acontecimientos había presenciado; y si en aquella ocasión fué el temor á lo sobrenatural lo qué lo retuvo largo rato como atado á su asiento, ahora era el temor á lo humano y corriente lo que hacía que su respiración fuera un poco agitada y sus pulsaciones algo violentas.

El ruido que produjo en la puerta el golpe dado con los nudillos de Ovejero le obligó á dar un grito ahogado y á ponerse de pie de un salto, y cuando escuchó la voz de sus compañeros de hospedaje que preguntaban—¿Se puede?—procuró tranquilizar sus nervios y compo-

ner su semblante y se dirigió á la puerta de la habitación para que penetraran en ella los amigos, á los que iba á hacer depositarios de su honor de caballero.

Cañas y Ovejero estrecharon su mano con efusión y sin pronunciar una palabra, como hemos hecho todos al encontrar á un amigo á quien le acaba de ocurrir una desgracia, que á nosotros no nos importa, y á quien queremos expresarle un gran sentimiento sin acertar á expresarlo con palabras y sí sólo á fuerza de apretarle las manos, mientras ponemos una cara estúpida, de la que el amigo dolorido no se da cuenta, milagrosamente.

Juanito fué el primero que rompió el embarazoso silencio para decir con un tono declamatorio y con la voz velada por la emoción:

—Gracias, amigos míos; os aguardaba impaciente para poner en vuestras manos la solución de este enojoso asunto que ha mancillado mi honor de caballero. Es inútil que os relate antecedentes que conocéis de sobra, y como también me conocéis á mí, no necesitaré deciros que no he dudado un momento ni he tenido necesidad de consultar á nadie para tomar mi resolución de batirme con Angelini; lo contrario sería bochornoso y me llevaría á una des-

calificación, que me impediría de aquí en adelante alternar con vosotros los hombres de honor.

Al escuchar estas frases de Pérez Rábago, los dos oficiales de Infantería se miraron y se comprendieron; y con seguridad se puede afirmar que por la mente de los dos cruzó el mismo pensamiento. «¡Qué buena memoria tiene este Juanito!» Y tenían razón; Juanito no había hecho más que cambiar el nosotros por el vosotros y había repetido la frase que, quizá obedeciendo á un acuerdo previo, le habían dirigido todas las personas á las que consultara sobre la resolución que debía tomar.

—Estamos á tus órdenes—dijo Ovejero.

—Para nosotros es un honor apadrinar á tan perfecto caballero—agregó Cañas.

—Gracias de nuevo, mis buenos amigos—repuso Juanito volviendo á tomarles la mano á cada uno con las suyas, calenturientas y temblorosas.

Después de otra pausa, durante la cual Juanito permaneció con la cabeza inclinada sobre el pecho, en cuya postura no vió la sonrisa maliciosa de sus padrinos, aquel agregó:

—Nada necesito deciros de las condiciones del lance, irremediable porque yo conozco

bien á Angelini y sé que no ha de dar explicaciones.

Y al decir esto buscaba los ojos de Cañas y de Ovejero como queriendo adivinar en ellos alguna esperanza de que todo podría llegar á un arreglo satisfactorio. Pero los militares permanecieron mudos, con ojos inexpresivos, y Juanito continuó:

—No quiero que este lance sea una chirigota, es preciso que uno de los dos quede fuera de combate.

—Si eres tú, contestó Cañas con estudiada tristeza, ten la seguridad de que tus buenos amigos te recordaremos siempre y todos los años por Noviembre depositaremos una corona en tu sepultura.

A Juanito, al oir tan cariñoso ofrecimiento, le dió un vuelco el corazón, las piernas le flaquearon y su cara se tornó del color del parche de una panderetа usada; pero haciendo un supremo esfuerzo para disimular el miedo que él creía que no se había notado, dijo con voz apagada:

—¡Gracias!

—Vamos á visitar en tu nombre á Angelini, que está en su habitación, y á que nos diga quiénes son sus representantes—, dijo Ovejero—, para entendernos con ellos.

—Casi te puedo asegurar —interrumpió Cañas—que son el oficial primero del Gobierno y el secretario de la Audiencia quienes hace media hora que están encerrados con Angelini. Esperaba de ti este paso caballeroso y está prevenido para todos los acontecimientos.

—Espéranos sin salir de tu cuarto.

—Vendremos á darte cuenta de nuestra gestión.

—Hasta luego, Juanito. Valor.

—Lo tengo.

—¿Quién sabe si serás tú el que sobrevivas?

Y después de otro apretón de manos, salieron Cañas y Ovejero del cuarto de Juanito, que se dejó caer otra vez en la fatídica butaquita, que cada vez que lo recibía entre sus brazos producía, al rasgar su antiquísima funda de dril, un ruido que parecía una carcajada.

Cañas y Ovejero, en efecto, bajaron á la habitación de Angelini, en la que se encontraba éste con el secretario de la Audiencia y con el oficial primero del Gobierno.

—¿Qué?

—¿Qué?

—¿Qué?

Los tres hicieron la pregunta simultáneamen-

te y aguardaron la respuesta con impacencia.

—Se bate—dijo Cañas.

—Ese hombre te mata—afirmó Ovejero con toda la seriedad de que era capaz.

—Entonces la cosa marcha—agregó el oficial primero del Gobierno.

—Pues á tratare de las condiciones—concluyó Angelini—*sedete* y aprovechemos una media hora. Y cogiendo una baraja del cajón de su mesilla de noche empezó á mezclar las cartas, mientras decía:

—Io tallo al monte cincuanta liras.

Cuando llevaban veinte minutos de juego, y para nada recordaba ninguno de los puntos el objeto que allí los había reunido, Juanito tuvo necesidad de pasar por delante de la cerrada habitación de Angelini, porque la excitación nerviosa le llevaba con urgencia á un lugar excusado; la curiosidad y la impaciencia le hicieron detenerse un instante para escuchar á través de la puerta, y oyó á Cañas que decía:

—¿Hay elijan?

—Hay elijan.

—¡Espadas!—gritaron todos.

Y Juanito echó á correr á su cuarto, donde cogió un bastón y estuvo un buen rato tirándole estocadas á la cortina de la ventana.

Cuando después de haberse quedado dos ó tres puntos sin dinero la partida se disolvió y Cañas y Ovejero volvieron á darle cuenta á Juanito del cumplimiento de su encargo, éste había dejado el bastón, con el brazo dolorido y las piernas con agujetas de tanto tirarse á fondo, y oyó asombrado que sus padrinos le decían:

—Mañana, al amanecer.

—A pistola.

—¡¡A pistola!! ¡Después de lo que yo me he ensayado con la espada! Y si no lo sostienen sus padrinos, de nuevo hubiera caído en aquella butaca, que desde hacía dos noches parece que lo atraía con fuerza irresistible.

VIII

AMANECÍA un hermoso y claro día del mes de Mayo; una de esas deliciosas mañanas de primavera, que en Andalucía, sobre todo, invitan al amor y á la poesía, despertando en el cuerpo dulces sensaciones de voluptuosidad y en el alma un ansia grande de vida. Cuando aun los habitantes de aquella ciudad andaluza no habían salido de los brazos de Morfeo y sólo algún trasnochador cruzaba sus desiertas y silenciosas calles estrechas, un coche se dirigía á las afueras á todo el correr de sus caballos, que hacían saltar chispas de los adoquines con sus cascos cubiertos de hierro.

La noche había sido una noche de juerga y de jarana. *Charito y la Sevillanita*, con dos mu-



jeres más, *la Gloria* y *la Morena*, ninguna de las cuales llevaba el mismo nombre en la vida que en la partida de bautismo, eran cuatro chicas muy complacientes, muy simpáticas y muy alegres, en medio de su desgracia.

Y digo su desgracia, porque ninguna de las cuatro debía de tener familia, puesto que las cuatro vivían juntas en una casa, de la cual era ama una mujer robusta, de una edad indefinible, en cuyo rostro aun se percibían restos de una pasada belleza, y que era conocida de todos los nocherniegos por el apodo de María *la Moños*. Ella era la que había echado sobre sus hombros la espinosa misión de vigilar á las muchachas, á las que había tomado un cariño tan

ciego que las quería más que á las niñas de sus ojos.

A este cariño se debía, sin duda, el que María *la Moños*, siempre que hablaba de las niñas que estaban bajo su custodia, las llamase familiarmente «mis pupilas». Y como no sabía negarles nada, les había consentido que aquella noche la pasaran fuera de casa, sin temor á que la gente murmurara de todas ellas, en compañía de Angelini y de sus amigos.

La cena fué opípara, las libaciones abundantes, y quizá en aquel comedor reservado se cometieron otros excesos; pero de ellos no puede dar ninguna noticia el narrador, porque ninguna tiene. El único que podría habérselas proporcionado fidedignas era el camarero; pero era un hombre tan bien





educado, que jamás se permitió entrar en el cuarto para servir vino ó manjares sin pedir antes permiso y haber dejado pasar un rato prudente entre su llamada en la puerta con los nudillos y su aparición en el comedor.

Claro está que en ninguna de sus entradas notó nada que le llamara la atención; y si bien es verdad que por la mañana se encontró un corsé debajo de la mesa, él creyó que habría sido una pérdida por inadvertencia, y se apresuró á devolverlo á casa de *la Moños*, quien al recibir el objeto extraviado, exclamó:

—¡Pero estas niñas mías que siempre se están dejando el corsé en todos los restoranes!

Durante la cena fué base casi única de la conversación el lance que había de verificarse al rayar el día, y aquellas inocentes niñas, ¡angelitos!, se mostraban temerosas y preocupadas. Y aunque Angelini y sus amigos les aseguraban que nada había de pasar que no estuviera previsto, y veían que Angelini no daba la menor

muestra de desfallecimiento ni de tener el ánimo encogido, sino muy al contrario, es lo cierto que á ellas no les llegaba la camisa la cuerpo.

Sobre todo á *la Gloria* se puede asegurar que á las cuatro y media no le llegaba la camisa al cuerpo, no sé si porque era la más medrosa ó porque la había tirado detrás de un sofá.



Muy cerca de las cinco terminó el festín para dirigirse al campo del honor. *La Gloria* y *la Morena* se fueron á dormir á casa de María, *la Moños*, y *Charito* y *la Sevillanita* montaron en un coche con Angelini, sus padrinos y el médico. En el asiento trasero del coche se acomodaron Angelini y uno de sus padrinos, cada uno de los cuales llevaba sobre sus rodillas á una de sus decididas acompañantes; el otro padrino iba tumbado en el fondo del coche, entretenido en pellizcarles á las niñas las pantorrillas, y el médico se encaramó en el pescante

junto al cochero, á cuyo lado fué todo el camino entonándose unas malagueñas, muy sentidas.

Las risas de todos alborotaban el solitario camino que seguía el carruaje, y algún filósofo sereno exclamó al paso del vehículo:

—¡Ah!, la ciega juventud, siempre de juerga y de jarana. Esos son los felices.

¡Qué ajeno estaba el pobre vigilante nocturno que uno de los ocupantes del coche iba á perder quizá la vida en un plazo muy breve!

Mientras el carruaje llega al término de su carrera, bueno será que pongamos á nuestros lectores en antecedentes de que aquella noche, durante la función del Teatro Principal, fué el tema único de todas las conversaciones el lance que iba á tener efecto en cuanto aclarara el día en el velodromo situado en las afueras de la población. En la platea del gobernador, donde conversaban con él el presidente de la Audiencia, el alcalde y el director del periódico más importante de la capital, también se comentó el suceso, y aun se discutió si las autoridades debieran tomar cartas en el asunto; pero el gobernador, hombre soltero y de buen humor, impuso á los demás su criterio, diciéndoles, mientras se reía socarronamente:

—Yo creo que en estas cuestiones la autoridad no debe darse por enterada. Son cosas de jóvenes. Verán ustedes como no pasa nada.

Se representaba *Mefistófeles*, y cuando An-



gelini cantó su famosa romanza, que por cierto la dijo como nunca, con una gran seguridad y con su voz timbrada y fresca, una gran ovación premió el trabajo y el mérito del artista.

¡Quién sabe si aquellos aplausos resonaban

tan fuertes porque el público pensaría que bien pudieran ser los últimos que dedicaba á uno de sus artistas predilectos!

¡Qué contrastes tiene la vida!- Aquel cantante, que por la noche conquistaba un alma para el infierno, á la mañana siguiente se exponía á entregar á Dios la suya, arrancada por la pistola del que fué su amigo hasta la víspera.



XII

Cuando Angelini y sus acompañantes llegaron al velodromo, dejaron el coche junto á la empalizada que lo circundaba, y en él quedaron las mujeres, ya quizá un poco arrepentidas de la excursión.

Penetraron los hombres en el recinto designado como campo del honor, encendieron tranquilamente un cigarrillo y se miraron todos con un gesto de curiosidad, que el oficial primero del Gobierno tradujo adelantándose á preguntar á sus amigos:

—¿Será capaz de no venir?

Pero aun no había terminado de formular la pregunta cuando el ruido de los cascabeles de un coche anunció que llegaban las personas esperadas.

No tardó en acercarse el carruaje á la puerta, y de él descendieron Juanito y sus padrinos, que avanzaron al centro del ovalado espacio de terreno, cambiándose entre todos un ceremonioso saludo, sin que ninguno se atreviera á articular palabra en un buen rato.

Fué el médico, que, á su vez, iba á desempeñar las funciones de juez de campo, el primero que rompió el silencio para preguntar á los contendientes si querían reconciliarse y olvidar sus ofensas antes de principiar el lance.

—¡No!—contestó secamente Angelini.

—Entonces... no— dijo Juanito con una voz que nadie hubiera reconocido como la suya.

El médico leyó entonces el acta de combate, cuyas condiciones eran algo duras. Tres disparos cada uno de los combatientes á veinticinco, veinte y quince pasos, respectivamente, los dos primeros á la voz de mando y el tercero con tres segundos para apuntar.

Juanito y Angelini se colocaron á la distancia marcada, y esperaron la decisión de sus padrinos. Estos examinaron las pistolas, mientras por lo bajo se dijeron algo que á oídos de nadie llegó y que á ellos les hizo sonreir; después, uno de ellos, echó un duro al alto para decidir quién dispararía primero, siendo Juanito el agraciado,

midieron los pasos y colocaron á cada uno de los contendientes en el lugar que le correspondía.

—Oye, *Charito*, ¿pero no podrá pasar *na*?— preguntaba *la Sevillanita* á su compañera.



—*Va*, tonta, si en estos casos no ocurre nunca *na*. ¿No los oiste anoche?

Sonaron tres palmadas, y á la tercera un disparo, hecho por Juanito. La luz del fogonazo

parecía indicar que el tiro había ido muy alto; pero no debió ser así porque Angelini á los dos segundos dejó escapar de la mano la pistola que en ella tenía y cayó pesadamente al suelo.

Todos acudieron en auxilio del caído, el primero Juanito, con la mirada extraviada, como un inconsciente, y tan fuera de la realidad, que



no percibió un grito agudo, sin duda salido de la garganta de *Charito*, que no pudo reprimirlo.

El médico se agachó para reconocer á Angelini, y descubriéndose respetuosamente, exclamó:

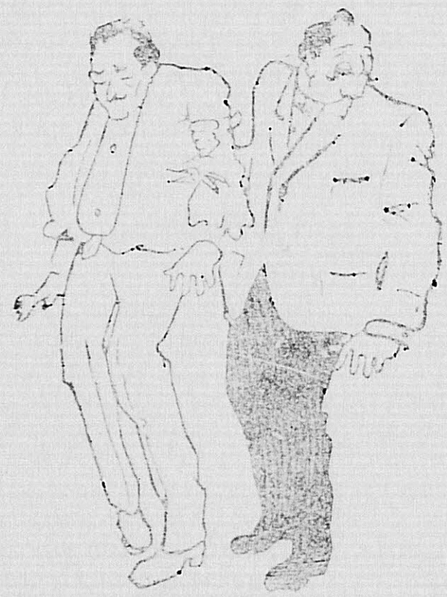
—Señores: está muerto.

Todos se inclinaron con el sombrero en la mano, se saludaron los padrinos, y Lorenzo Ovejero y Felipe Cañas montaron en uno de los coches, sosteniendo á Juanito que, presa de

un ataque nervioso, lloraba á lágrima viva mientras exclamaba:

—¡Pobre amigo mío! Por algo no quería yo batirme. Son ellos los culpables; yo no quería...

El coche se alejó á galope por la carretera, camino de la ciudad.



X

SIEMPRE hay que pensar en que los médicos sufren lamentables equivocaciones; pero ninguna tan definitiva como la sufrida por el que afirmó tan rotundamente que Angelini estaba muerto. Todo debió ser algún desvanecimiento, pues no bien se alejó el coche que conducía á Juanito y á sus padrinos, Angelini se incorporó tan tranquilo como si de nada se hubiera dado cuenta, y todos ellos, con *Charito* y *la Sevillanita* se encaminaron á un ventorro, de allí muy próximo, donde pasaron todo el día comiendo, bebiendo y bailando, sin duda en celebración del feliz resultado del lance.

Juanito, entretanto, se encaminó al hotel, y sin querer ver á nadie se metió en su cuarto,

del que no salió en dos días. A las dos horas de encierro, uno de sus padrinos le subió el periódico de aquella mañana, en el que Juanito leyó lleno de estupefacción:

El suceso de esta madrugada.

«Hasta nosotros llegan rumores de algo muy grave ocurrido hace muy pocas horas en las afueras de la población. Se dice que reunidos unos cuantos amigos para hacer ejercicios de tiro al blanco, uno de los disparos ha ocasionado la muerte de uno de los tiradores, artista muy querido de nuestro público, que aun anoche interpretó su papel en la ópera *Mefistófeles* con la singular maestría que tantos triunfos le ha valido en esta temporada.

Parece que las autoridades intervienen en el asunto, y nosotros no podemos ser más explícitos. Nos limitamos á condenar el hecho, si son ciertas las versiones que recogemos.»

No hay idea de mayor diligencia en un reportero; ni aun los mismos periódicos de Nueva York han obtenido jamás un triunfo de información como el de este modesto periódico provinciano.

Si fuéramos á pensar mal, podríamos creer

que la noticia llegó á la redacción cuando ya el periódico estaba tirado, y que sólo pudo entrar en muy escaso número de ejemplares, uno de los cuales tuvo Juanito la desgracia de que fuera á parar á sus manos.

También algún malicioso podría creer que la noticia estaba compuesta antes de que el lance se verificara...

Pero no nos empeñemos en regatear este éxito del reportero, y ya que el matador de Angelini no pensó ni por un momento que aquello pudiera ser una broma, creamos nosotros también que la noticia del periódico era fiel reflejo de un suceso que ya era irremediable.

Juanito quedó anonadado por la lectura del periódico, y maquinalmente se puso á escribir una larga carta, en la que explicaba todo el proceso de lo que él creía su crimen.

La carta iba dirigida á su protector, un político muy influyente que residía en Madrid, al cual le puso aquella misma mañana un telegrama, concebido en estos términos:

Urgentísimo gestione mi traslado á otra provincia. Me va en ello la tranquilidad. No puedo hablarle de las causas de mi petición por telégrafo. Detalles correo. Juan.

Al día siguiente, por la noche, recibió Juan

un telegrama de su protector, que leyó nerviosamente, y que decía así:

Trasladado Huesca. Sal primer tren. Lamento tu desgracia. No te amilanes.—Rafael.

Al día siguiente, por la mañana, un compañero suyo de oficina le puso en regla todos sus papeles para que pudiera salir en el tren de las tres de la tarde, y aunque Juanito no quiso que nadie supiera la noticia de su salida para Madrid, este compañero debía ser un charlatán de siete suelas que á todos se lo dijo, pues á las tres menos cuarto, cuando Juanito entró en el andén, todos sus amigos y conocidos lo esperaban para darle un abrazo de despedida.

El decaído y ojeroso Pérez Rábago se quedó perplejo al ver tanta gente; pero nada dijo, contando sin duda los minutos que faltaban para que el monstruo de hierro le llevara lejos de aquella ciudad maldita...

Ya había sonado la campana y el ruido del vapor ensordecía el andén, cuando Juanito, asomado á la ventanilla, vió lleno de estupor que Angelini venía hacia él con los brazos abiertos.

En un instante pasaron por su imaginación todas las leyendas de fantasmas y espíritus, y allá lejos le pareció escuchar una voz cavernosa, que le decía:

«¡Buon viaggio! Addio, mio caro matadore.»

En aquel momento la máquina dejó oir un silbido estridente y Juanito cayó desmayado en el asiento sin oir la risa que en todos los que estaban en el andén produjo el saludo de despedida de Angelini.

El tren se puso en marcha, y á poco se perdía de vista en una revuelta, trayéndose á Madrid á Juanito Pérez Rábago, víctima de una de las bromas más pesadas que se han dado en Andalucía.

XI

Al cabo de algunos meses, uno de los que urdieron esta broma, hizo una excursión por el Norte de España, y en una de sus capitales encontró al matador de Angelini, sirviendo en el Gobierno civil el mismo destino que desempeñó en Andalucía, pues en Huesca estuvo muy poco tiempo.

Aun le pareció observar en él cierta sobreexcitación nerviosa y algún desvarío al hablar, y es que no le había salido el susto del cuerpo á pesar del tiempo transcurrido. Andaba siempre solo y dirigía la palabra lo estrictamente necesario á sus compañeros, sin duda temeroso de ser víctima de alguna otra broma por el estilo.

Y no volvió jamás á asistir á ninguna representación de ópera por miedo á que pudiera aparecer ante sus ojos la figura de aquel bajo á quien el creyó que había arrancado la existencia en una tibia y alegre mañana del mes de Mayo.

Autoperttonia

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

LA NOVELA
DE
BOLSILLO

GONZALO DE CÓRDOVA, 22
MADRID
Teléf. 4.610 :-: Apar. 644

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

BIBLIOTECA
MADRID
NACIONAL

5100